

EL JARDIN DE LAS DELICIAS (UN DELICIOSO JARDIN)

De: Jesús González Dávila.

PERSONAJES:

Luisa

Leopoldo

Gloria

Mari

Encargado

La acción transcurre en el cuarto de un hotel barato, por el norte de la ciudad. Una ventana hacia la calle. En un extremo, el cuarto de baño; en el otro, la puerta del clóset.

Una noche, después de las once.

La habitación en penumbra. Por la ventana entran los ruidos nocturnos de la calle, y se alcanza a ver parte de un letrero de gas neón que se prende y apaga de vez en cuando. La puerta que conduce al pasillo se abre y entra LUISA con una pequeña maleta. Luego aparece LEOPOLDO con un morral de gran tamaño. Enciende el foco que cuelga desnudo al centro del cuarto, y el lugar se ilumina mejor, pero nunca lo suficiente.

LUISA: *(Se deja caer en la cama).* Estoy muerta.

Silencio.

LEOPOLDO: *(Busca en el interior del morral).* Necesito un cigarro.

Silencio.

LUISA: Qué lugar más asqueroso, ¿ya viste?

LEOPOLDO: Sí.

LUISA: Abre la ventana.

LEOPOLDO: ¿Dónde dejaría los cigarros?

LUISA: Que abras la ventana, te digo.

LEOPOLDO: Ábrela tú.

LUISA: ¿Qué, no te molesta el olor...?

LEOPOLDO: Dijiste que tenías frío, quién te entiende.

LUISA: Pero huele horrible.

LEOPOLDO va a la ventana.

LEOPOLDO: De nada servirá. Todo está impregnado de pestilencia, de porquería.

LUISA: Voy a abrir la del baño. Que se ventile tantito.

LUISA se mete al baño. LEOPOLDO lucha con la ventana atorada, hasta que logra abrirla de un tirón.

LEOPOLDO: Por aquí huele peor. *(Pausa).* ¿O eres tú la que está vomitando?

Silencio. Leopoldo se tira en la cama. Comprueba cómo rechina con ciertos movimientos. Parece dormir. De pronto, se incorpora como si hubiera oído algún ruido fuera de la habitación. Un silencio. Se levanta de un salto. Camina intranquilo. Busca algo entre la ropa. Se asoma a la ventana. De repente se oye un grito en el baño.

LUISA: *(Desde el baño)*. Leopoldo...

LEOPOLDO: *(Salta)*. ¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

LUISA: *(Aparece en la puerta del baño)*. Nada, nada...

LEOPOLDO: ¿Por qué gritaste?

LUISA: ¿Yo? Por nada.

LEOPOLDO: Te asustaste.

LUISA: Sí, que tonta.

LEOPOLDO: ¿Por qué? ¿De qué te asustaste?

LUISA: Ya, ya sabes cómo ando.

LEOPOLDO: Muy acelerada, mi amor. *(La abraza con suavidad)*.

LUISA: No, Leo. Es miedo, en serio.

LEOPOLDO: *(Misterioso, juguetón)*. Como si estuvieras sola...

LUISA: No, Leo.

LEOPOLDO: En un palacio desierto, en medio del bosque.

LUISA: *(Sonríe)*. Ay, cómo te gusta...

LEOPOLDO: Esperando que venga a salvarte con un beso tu príncipe enamorado.

LUISA: *(Bromea)*. Pues, tú no pareces un príncipe.

LEOPOLDO: Por eso. El tiempo pasa. El príncipe no llega. Y a ti te agarra el miedo. ¿Y si no viene nunca? ¿A qué le tienes miedo? ¿A quedarte sola?

LUISA: Contigo...no.

LEOPOLDO: ¿Aunque no parezca príncipe? *(Pausa)*. ¿Lo oscuro te da miedo? *(Ella niega)*. ¿Y el silencio? ¿Cuando todo está en silencio?

LUISA: El sueño. A veces me da miedo el sueño. Tener una pesadilla.

LEOPOLDO: Luisa, Luisa, mi amor. Yo voy a salvarte de tus miedos. *(Se dispone a darle un beso espectacular)*. Este beso te hará despertar, ¿dónde crees? En el paraíso. *(La besa. Pausa)*. ¿Eh, qué tal? *(Pausa)*. Mañana hay que levantarse bien temprano. Verás que te despiertas como nueva.

LUISA: *(Saca una toalla de la maleta)*. ¿Habrá agua caliente...? Aunque sea un poco tibia... *(Entra al baño)*. Pero no me vayas a cerrar la puerta, tú.

LEOPOLDO: Tienes miedo que un monstruo te salga por la coladera. O esperas al asesino del cuchillo largo...

LUISA: *(Del baño)*. No me haces ni tantita gracia.

Se oye el ruido de la bañera. LEOPOLDO saca alguna ropa del morral, la lleva al clóset. Trata de abrirlo, pero no lo logra, por más que se esfuerza. Se oyen gritos en la calle. Él se asoma. Se oye un cláxon que suena largo, interminablemente. Una mujer grita: "No. No." El cláxon calla. Luego, chirridos de llantas de un auto que se aleja. LUISA sale del baño, con una toalla que envuelve su cabello. Va al espejo. Se cepilla.

LUISA: ¿Qué hay en la calle, qué miras tanto?

LEOPOLDO: ¿Dónde dices que dejaste los cigarros?

LUISA: ¿Qué?

LEOPOLDO: Mugre cuarto. Quién sabe desde cuándo no barren aquí.
LUISA: No te oigo. ¿Qué tanto dices entre dientes?
LEOPOLDO: Ni oyes, ni entiendes.
LUISA: ¿Y ahora qué quieres, pelear?
LEOPOLDO: Cigarros, nada más.
LUISA: ¿Qué cosa...?
LEOPOLDO: Los cigarros.
LUISA: Busca en la bolsa; en el cierre de adentro.
LEOPOLDO: *(Busca, lanza la bolsa lejos)*. Voy a tener que... salir a comprar.
LUISA: A estas horas, ¿dónde? Ni creas que voy a quedarme aquí.
LEOPOLDO: *(Mientras busca)*. La puerta de ese clóset no abre. La ventana se atora. Los cigarros no aparecen... Por lo menos tú tuviste agua caliente.
LUISA: Cuando abrí la llave, el agua salió amarillenta, turbia...
LEOPOLDO: Y oliendo a caca, ¿eh?
LUISA: *(Se seca el cabello ante el espejo)*. Mira nada más qué pelos. No me lo vuelvo a enchinar en meses. *(Pausa)*. Ayer estuve con el Hueso, ¿no te dije? Le pedí que me echara el I-Ching. *(Un silencio)*. ¿No dices nada?
LEOPOLDO: ¿Qué quieres que diga?
LUISA: Pues, lo que sea. No sé.
LEOPOLDO: Lo que sea, no sé.
LUISA: No te gusta que vaya con el Hueso.
LEOPOLDO: Ya sabes.
LUISA: Ya desde antes andaba con la intención de que me echara el I-Ching, pero me daba no sé qué.
LEOPOLDO: ¿Miedo...?
LUISA: Pánico. *(Pausa)*. Oye, ¿qué traes? No revuelvas mis cosas. ¿Qué buscas?
LEOPOLDO: *(Impaciente)*. Cigarros. Busco cigarros. Eres tú la que no oye.
LUISA: *(Busca en la maleta pequeña)*. Cuando estaba en el baño, de repente... se me doblaron las piernas, me quedé sin fuerzas. Por poco me caigo.
LEOPOLDO: Será el cansancio. La debilidad.
LUISA: Sí. Eso pensé.

LUISA encuentra una cajetilla que arroja sobre la cama. Está vacía. LEOPOLDO hace una pequeña pelota y la lanza contra la puerta del clóset.

LEOPOLDO: ¿Oíste...?
LUISA: No, ¿qué cosa?
LEOPOLDO: En el clóset. Un ruido.
LUISA: No me asustes, Leo.
LEOPOLDO: Qué quieres, oí algo ahí dentro. *(Sigiloso, se aproxima al clóset)*. Sht.
LUISA: Siempre jugando.

LEOPOLDO: No estoy jugando, te digo.
LUISA: Habrá sido en otra parte.
LEOPOLDO: ¿Dónde?
LUISA: No sé. Allá afuera. En otro cuarto.
LEOPOLDO: ¿Cómo en otro cuarto?
LUISA: Ni modo que seamos los únicos en este lugar.

LEOPOLDO forcejea con la perilla del clóset. La puerta no se abre.

LEOPOLDO: Luisa, no me dejes solo. Ven a ayudarme.
LUISA: Ya, deja eso. Me pones de nervios.
LEOPOLDO: Estará cerrada por dentro. Se siente como atrancada. *(Se aleja)*. Mugre puerta. Mugre hotel. Mugre ciudad. *(Grita por la ventana)*. Mugre ciudad...
LUISA: Bueno, ya... Vamos a acostarnos. Apaga la luz, hay que descansar...
LEOPOLDO: Aquí huele peor que en la terminal de autobuses. A encerrado. A podrido. Mira esas manchas en el techo. Deben ser orines del cuarto de arriba... Y las sábanas, se ven usadas, ¿no se te hace? *(Tenso de nuevo)*. Sht. No hagas ruido.
LUISA: ¿Y ahora qué?
LEOPOLDO: Alguien está subiendo las escaleras.
LUISA: ¿Cómo sabes?
LEOPOLDO: Un rechinado de escalones. De seguro viene para acá.
LUISA: ¿Con nosotros...? No, Leo. Si nadie nos conoce.

Ambos se acercan a la puerta del pasillo. Pegan la oreja a la puerta. Un silencio.

LEOPOLDO: Se siguió de largo.
LUISA: Te lo dije. Algún otro huésped.
LEOPOLDO: Pero se detuvo aquí.
LUISA: ¿Dónde?
LEOPOLDO: Un momento. Frente a nuestra puerta.
LUISA: ¿De veras...?
LEOPOLDO: Serio, Luisa. Algo extraño está pasando, y puede ser terrible. *(Pausa)*. Luisa, no te rías. No estoy jugando. ¿De qué te rías? ¿Piensas que no me doy cuenta...? Te reíste de mí.
LUISA: No me fijé.
LEOPOLDO: No te hagas. Fue muy notorio.
LUISA: *(Lo toma del brazo)*. Por favor, mi vida. No me siento nada bien.
LEOPOLDO: *(Sin oírla)*. Por el pasillo, van y vienen, y entran y salen, suben y bajan. Como si estuviéramos a mediodía. *(Pausa)*. Debe haber muchos que no vienen por una noche. Se quedan en el hotel semanas o meses. Algunos, toda su vida, como el encargado, ¿lo viste? *(Pausa)*. Un lugar ideal para que te asesinen.

LUISA: Por favor, Leo. Pareces niño chiquito.

LEOPOLDO ha estado jugando con la ropa esparcida sobre la cama. Encuentra unas bragas verdes, las agita como banderín.

LUISA: *(Molesta)*. Deja eso.

LEOPOLDO: *(Sin hacer caso)*. Son nuevas, no lo niegues...

LUISA: *(Quiere quitárselas)*. Qué bien me caes, no sabes.

LEOPOLDO: ¿Las compraste...? No, te las regalaron; di que no.

LUISA: Qué te importa.

LEOPOLDO: Ya sé. Un obsequio de tu jefe. De ese mugre licenciado.

LUISA: Que me des eso.

LEOPOLDO: Y él te dijo: toma, como un recuerdo, como una despedida, como el símbolo de...

LUISA: Eres un idiota.

LEOPOLDO: Pero ya no huelen a nuevo. Óyeme, ¿cuándo las estrenaste? Hum, yo nunca te las he visto puestas. A ver, a ver, pónelas. *(Forcejean)*. Luisa, pórtate bien y obedece. Ponte las pantaletas. No seas penosa conmigo... Déjame conocer a esa niña inocente de las pantaletas verdes...

LUISA le arranca la prenda. Al hacerlo, ésta se rasga. Ella le da una bofetada. Se miran tensos. LEOPOLDO la empuja al cuarto de baño.

LUISA: ¿Qué quieres...?

LEOPOLDO: Adivina.

LUISA: No me empujes.

LEOPOLDO: Vamos, camina.

LUISA: No, ¿por qué?

LEOPOLDO: Quiero bañarme, contigo.

LUISA: No.

LEOPOLDO: Ándale.

LUISA: Acabo de salir...

LEOPOLDO: Camina.

LUISA: No quiero.

LEOPOLDO: Pero yo sí... *(Pausa)*. Quiero enjabonarte, enjuagarte y... Y que tú me enjabones el pecho, la espalda...

LUISA: Y más abajo... también se te va a antojar.

LEOPOLDO: Puede. *(La empuja sobre la cama)*.

LUISA: Ya, Leo... No puedo, de veras. No juegues.

LEOPOLDO: *(Insiste, busca excitarla)*. Levanta la pierna...

LUISA: Me duele, ¿no quieres entender...?

LEOPOLDO: Ah, sí. ¿Desde cuándo?

LUISA: En la terminal, estábamos ahí cuando te dije. Te lo dije. Leopoldo.

LEOPOLDO: ¿Cuándo...? No me acuerdo. No inventes. ¿A poco te duele mucho?
LUISA: Te lo dije.
LEOPOLDO: No me dijiste nada.
LUISA: Fui con el Doc, te dije. Y el dolor me agarró más fuerte por aquí. En esta parte.
LEOPOLDO: *(Insiste)*. Ya verás que se te calma pronto. *(Juguetón)*. Con un poco de amor y saliva, no hay herida que dure viva.
LUISA: No. No me estás ayudando, maldito.
LEOPOLDO: Si no se puede por delante, pues no le aunque.
LUISA: Me desmayaría del dolor, quítate. No seas...
LEOPOLDO: *(Se le monta encima)*. A ver, a ver. Quiero que te desmayes. Quiero ver eso.
LUISA: Me lastimas, Leopoldo...
LEOPOLDO: Ah, ¿te cae?
LUISA: Estás loco...

Un silencio. LEOPOLDO se retira.

LEOPOLDO: Estás jugando, mugre Luisa... Crees que no me doy cuenta. *(Pausa)*. Lo haces a propósito.
LUISA: Ahora yo.
LEOPOLDO: Siempre quieres salirte con la tuya.
LUISA: No comiences con lo mismo.
LEOPOLDO: Pero si nos vamos a largar juntos, mejor vamos entendiéndonos.
LUISA: Ay, pero si no se trata de eso.
LEOPOLDO: *(Grita)*. Claro que de eso se trata. *(Pausa)*. Si vas a cerrarte de piernas cada vez que te duele la panza o se te pica una muela, pues se amoló el asunto y nos fregamos todos.
LUISA: Estás mal, Leopoldo...
LEOPOLDO: Porque si quieres ser tú la que diga cuándo hacer el amor y cuándo no, pues déjame decirte. ¿Me estás oyendo, mugre Luisa?
LUISA: Mañana, Leo. Mañana me dices. Sirve que descansamos y ya mañana...
LEOPOLDO: *(Exaltado)*. Déjame hablar, estúpida. Es ahorita y no mañana que vamos a dejar claro esto... Porque no estoy dispuesto a ser tu baboso; por mucho que te quiera, mugre Luisa.
LUISA: Tú lo que buscas...
LEOPOLDO: Ya sabes lo que busco. No nos conocimos ayer.
LUISA: Lo que buscas es pelear, nada más.
LEOPOLDO: ¿Es piensas...?
LUISA: Pareces loco.

Un silencio. LEOPOLDO le da una bofetada.

LUISA: *(Colérica).* Estás loco.

LEOPOLDO le pega otra vez. Ambos se miran enardecidos, frente a frente. Golpes en la puerta los sobresaltan. Golpean más fuerte. Es la puerta del pasillo. LEOPOLDO y LUISA aflojan la tensión.

LEOPOLDO: *(Va y entreabre la puerta).* ¿Qué quieres tú?

GLORIA: *(Desde afuera).* ¿Puedo pasar?

LEOPOLDO: ¿Para qué?

GLORIA: ¿No quiere ropa limpia...? Pos me voy.

Él abre. Entra GLORIA. De escasos quince años, trae ropa de cama y toallas limpias. Se dirige a la cama para cambiar las sábanas. Un silencio.

LUISA: *(En la ventana, mirando hacia la noche).* Haz de cuenta que estuviéramos en otro país, en otro mundo... Rodeados de seres extraños y... *(Silencio).* Pero seguimos en la misma ciudad. Nomás estamos a dos cuadras de la terminal de autobuses. *(Silencio).* Todavía es tiempo, Leopoldo. Podemos echarnos para atrás y ya. *(Pausa).* Estamos a tiempo. *(Pausa).* Podemos irnos cada quien por su lado. Total...

LEOPOLDO llega junto a ella. Mete su mano entre las piernas de ella, deliberadamente obsceno.

LEOPOLDO: Maldita Luisa, haces conmigo lo que se te antoja. Lo sabes... Con tus hemorragias, mugre, me excitas, me haces perder el control. *(Le besa el cuello).* Me vuelves un animal, quisiera hacerte pedazos, devorarte toda.

GLORIA suspende su quehacer y los observa, morbosa.

LEOPOLDO: *(Al darse cuenta).* Y tú, ¿qué? ¿Ya vas a acabar? *(GLORIA se apresura, él se le acerca).* ¿Cómo se llama esta colonia, eh? ¿Y el parque de enfrente...? *(Un silencio).* Bueno, qué pues.

GLORIA: *(Sin mirarlo).* Qué... de qué.

LEOPOLDO: *(Juguetón).* ¿Cuántos años tiene, niña?

GLORIA: Este... ¿por qué?

LEOPOLDO: *(Junto a ella).* ¿Dónde se pueden conseguir cigarros por aquí?

GLORIA: ¿Cigarros?

LEOPOLDO: Y tortas, y cerveza y...

GLORIA: Enfrente. *(Pausa).* Nomás cruzando el jardín. Hay una tiendita, nunca cierra. Nomás les toca y le dan lo que sea.

LEOPOLDO: Lo que sea.

GLORIA: Lo que se le ofrezca. *(Concluye de tender la cama).*

LEOPOLDO: Se me ofrece de todo, pero cuando menos algo que fumar. Ya ves, Luisa. Ando como las cucarachas. Qué güeva cruzar el jardín. Tú, niña. Tráeme unos cigarros. Nomás que acabes.

LUISA: Ese jardín está muy oscuro. Da miedo cruzarlo a estas horas.

LEOPOLDO: Bah. A ti todo te da miedo.

LUISA: Tengo frío.

LEOPOLDO: Te lo dije. Cierra la ventana.

LUISA: Mejor dame el suéter, de ahí de tu morral.

En la calle se oyen gritos: "Agárrenlo, agárrenlo. No dejen que se escape." LEOPOLDO y LUISA observan en la ventana. Se oyen silbatos, algún grito sofocado. Uno o dos balazos. Luego, silencio.

LEOPOLDO: Qué puntería de ese tipo, ¿te fijaste? ¿Viste cómo voló por arriba del carro...? Le dieron al más chico, pero el otro sí se les fue.

LUISA se apresura al cuarto de baño, donde se le oye vomitar.

LEOPOLDO: *(A GLORIA)*. Las toallas déjalas ahí. ¿Qué esperas?

GLORIA: Tengo que llevarme las otras.

LEOPOLDO: ¿Cuáles otras?

GLORIA: Las usadas. No puedo dejar éstas así nomás.

LEOPOLDO: Luego regresas. Total, aquí vives, qué no.

GLORIA: ¿A dónde?

LEOPOLDO: En el edificio.

GLORIA: Tengo un cuarto.

LEOPOLDO: ¿En la azotea? ¿Y qué tal?

GLORIA: Por las escaleras, a mero arriba.

LEOPOLDO: ¿Para ti solita? ¿No tienes miedo...?

GLORIA: ¿Por qué? ¿A qué le voy a tener miedo? Ni modo que a los monstruos, porque no son de a de veras... A las ratas, las mato fácil. *(LEOPOLDO la va a tocar)*. Y a los viejos calientes... ya sé bien dónde darles la patada o el pedrazo.

LEOPOLDO se retira, precavido. Ella hace un atado con la ropa sucia.

LEOPOLDO: Ya te vas, y ni te he preguntado cómo te llamas.

GLORIA: Pos no.

LEOPOLDO: Te llamas... "pos no."

GLORIA: Me llamo Gloria. *(Se va a ir)*. Luego le traigo las toallas. Por los cigarros vaya usted, si quiere.

LEOPOLDO: *(La detiene)*. Oye, la puerta del clóset. No puedo abrirla.

GLORIA: Pos cómo va a poder, si está con llave. *(Saca un llavero del mandil)*. Si quiere, se la abro. *(Silencio)*. ¿Sí o no?
LEOPOLDO: Mejor ábrela.
LUISA: Ah, qué usted. Se imagina que oye cosas, ¿no?
LEOPOLDO: Cosas... ¿Cómo qué cosas? *(Tenso)*. Dime, ¿qué cosas?
GLORIA: Pos no sé. *(Pausa)*. Ruidos raros y esas cosas.

GLORIA abre el clóset. Una pausa. LUISA regresa del baño a la cama.

LEOPOLDO: Qué horrible huele.
GLORIA: Como a sangre... Luego dicen.
LEOPOLDO: ¿A sangre? ¿Cómo huele a sangre? ¿Por qué lo dices? Responde.
GLORIA: No, pos nomás.
LUISA: *(Se sienta en la cama)*. Leo... Tengo fiebre.
LEOPOLDO: ¿Y qué te dijo ese doctor?
LUISA: Tú qué crees. *(Se recuesta)*. Tápame, ¿sí? Por favor... Estoy temblando. Tengo los pies como hielo.

LEOPOLDO va a cubrir a LUISA con una cobija. GLORIA sale del cuarto, pero regresa de inmediato.

GLORIA: Por mero se me olvida. Que lo buscan allá abajo.
LEOPOLDO: *(Sorprendido)*. ¿A mí?
GLORIA: Pues sí.
LEOPOLDO: ¿Quién?
GLORIA: Pues una señora.
LEOPOLDO: Ni... ni modo que mi mamá...
GLORIA: Es una señora de pelo como... así. *(Pausa)*. Y con anteojos de... así. *(Pausa)*. Me dijo que le avisara.
LEOPOLDO: ¿Cómo es posible? ¿A qué horas llegó?
GLORIA: Pues, sabe. ¿Qué le digo?
LEOPOLDO: No, nada. No le digas nada.
GLORIA: ¿Entonces?
LEOPOLDO: A lo mejor ni es a mí al que busca.
GLORIA: Pues sí, a lo mejor. *(Se va a ir)*.
LEOPOLDO: Espérate, Gloria.
GLORIA: ¿Ahora qué?
LEOPOLDO: Dile que sí, que ya. Que me avisaste.
GLORIA: ¿Nada más?
LEOPOLDO: Nada más.

GLORIA se va. Mientras LUISA dormita, LEOPOLDO camina inquieto por la habitación. La puerta del clóset se mantiene entreabierta. LEOPOLDO la cierra con fuerza. La puerta se vuelve a abrir. Se oyen golpes contra la pared del cuarto de al lado.

LUISA: *(Entre sueños).* ¿Quién es? ¿Eh? Leo, Leopoldo... No te has acostado todavía. Apaga la luz, no seas.

LEOPOLDO: *(Susurra).* ¿Estás oyendo? ¿Tú también oyes esos golpes del otro lado? Son golpes de martillo... contra nosotros. *(Grita).* Ya. Dejen dormir.

Los golpes se suspenden. Silencio. LEOPOLDO apaga el foco que cuelga. En la penumbra, los dos están bajo las cobijas. Él se revuelve inquieto, sin lograr conciliar el sueño.

LEOPOLDO: Luisa... *(Pausa).* ¿Oíste lo que dijo?

LUISA: ¿Eh? ¿Quién?

LEOPOLDO: ¿Cómo quién? Esa niña...

LUISA: ¿Cuál?

LEOPOLDO: La que vino a cambiar las sábanas. *(Pausa).* Qué niña más rara. No me digas que ni te fijaste. *(Pausa).* Si estás despierta, por qué no me pelas.

LUISA: *(Con voz lejana).* En el baño, cuando sentí sobre mí el agua amarillenta de la regadera, me acordé del Hueso y del I-Ching... y de la muerte. Sentí un vacío aquí, en el estómago. *(Pausa).* La muerte no puede ser igual para uno que para otro, pensé. Y me sentía morir, pero me aferraba a ese pensamiento y... Sentí eso como una revelación. Como cuando no sabes ni qué, pero intuyes algo.

LEOPOLDO: Con tanto mugre válium, no estás aquí... ni en ninguna parte.

LUISA: Lo que sí me da miedo... es el dolor. *(Pausa).* El dolor.

LEOPOLDO: El dolor es lo peor. *(Pausa).* Pero déjame decirte cómo se quita, mi amor. *(Pausa).* Vas al lavabo y abres el agua caliente... Metes tus manos despacito, sin quemarte. Que el agua te llegue hasta los codos. *(Pausa).* Muy caliente el agua. Lo más caliente que la aguantes. *(Pausa).* Después, lo que sigue. Una navaja. Tú escoges. Están en la mochila. La más nueva, la más filosa, la más delgada. *(Pausa).* Sólo sentirás una leve comezón al principio. Casi nada. Un pellizco, donde encajas el filo y abres la piel por primera vez. Es fácil, muy suave y ya está. El fierro se desliza sin sentir. Como sobre margarina chantilly. *(Pausa).* Luego vas a sentir un poco de cansancio, un poco de sueño, adiós el dolor. Nada de dolor, nada de nada...

LEOPOLDO se levanta, mira por la ventana. Va al clóset y se asoma al interior. Se oye dentro un golpe, luego como un forcejeo y un gemido extraño, agudo. LEOPOLDO se retira, encogido sobre sí. Se precipita a la cama, se sube y sacude a LUISA, quien se incorpora, alarmada.

LUISA: ¿Eh? ¿Qué pasó, cielo?
LEOPOLDO: Despierta, Luisa. Despierta.
LUISA: Déjame dormir. Sólo así me compongo.
LEOPOLDO: Algo hay ahí adentro... Un animal, una rata, no sé, pero me mordió. Me mordió en la mano, Luisa. Te juro que me mordió. Maldito animal. Mira... Hazme caso, mugre Luisa.

LUISA se voltea y se cubre con la cobija. Un silencio.

LEOPOLDO: Ya sé lo que piensas. Ya sé lo que dices sin decir... Que parezco niño chiquito. Que nomás le hago al demente. Que con tal de estarte fregando. Que... *(Pausa)*. Luisa... estás peor que la Bella Durmiente, ¿cuántas pastillas te tomaste? *(Pausa)*. Quieres un beso para despertar... pero, dónde. ¿Dónde vas a necesitar el beso, mugre Luisa? *(Pausa)*. ¿Te duele mucho? *(Se examina su mano dolorida. Se sopla. Se chupa)*. A mí ya no. Ya no... *(Un silencio)*. Tienes razón, Luisa la cacariza. Está duro quitarse el miedo al dolor... Pero no ha de ser tan horrible morir, mi vida. Total... las estrellas están muertas desde quién sabe desde cuándo. Y ahí están, ahí siguen... Brillando nomás, a lo pendejo.

LEOPOLDO se queda como dormido. El cuarto está en penumbra. Se destaca el letrero de neón: "Hotel Jardín", que se asoma por la ventana.

Un rato después.

El cuarto permanece en penumbra. LUISA y LEOPOLDO parecen dormir. Por la puerta del clóset, que sigue entreabierta, se escuchan pasos que se arrastran, se acercan. LEOPOLDO se incorpora de súbito. Decididamente salta de la cama y abre las puertas del clóset de par en par. Dentro se define la figura de una mujer adulta, severa. Trae un vaso de leche en la mano. Es MARI.

MARI: Leopoldo, toma, hijo.
LEOPOLDO: *(En un susurro)*. Así que eras tú. Eras tú.
MARI: *(Sale del clóset)*. Quién más iba a ser.
LEOPOLDO: ¿A qué viniste?
MARI: Estaba preocupada.
LEOPOLDO: ¿No te dijeron?
MARI: Quería verte.
LEOPOLDO: Ya me viste. Ya vete.
MARI: Leopoldo, ¿qué te pasa?
LEOPOLDO. Salte de aquí.
MARI: Como quieras... *(No se mueve)*. ¿Vas a desayunar?

LEOPOLDO entra al baño. Hace correr el agua del depósito.

MARI: Estoy esperando, ¿vas a desayunar o no? *(Pausa)*. Contéstame, Leopoldo.
LEOPOLDO: *(Sale del baño)*. Vine por ropa limpia, ¿dónde hay? *(Abre y cierra cajones)*. Como siempre...Ni eso sabes hacer bien.
MARI: *(Apenada)*. ¿Con quién te juntas últimamente? ¿Dónde aprendes esos modos? *(Pausa)*. Comes a deshoras. Duermes a ratos. Y encima...
LEOPOLDO: *(Con fastidio)*. Ya sé, ya sé.
MARI: Intoxicándote de esa manera.
LEOPOLDO: Si me das aspirinas no me enojo...
MARI: Hay un frasco en el cajón de abajo.
LEOPOLDO: *(Abre el cajón)*. Oh, mira nomás. Qué bien. Tenemos ropa interior planchada y toda la cosa. *(La arroja por el cuarto)*. ¿Ya tienes quien te ayude?
MARI: Si vas a desayunar, vístete.
LEOPOLDO: Esto hay que festejarlo. Que lo sepa el edificio entero.
MARI: Si apreciaras mejor otras cosas...
LEOPOLDO: ¿Como cuáles, tú?
MARI: Otras, que valen más que planchar calzoncillos.
LEOPOLDO: ¿Hay leche en el refri...?

Por la ventana se oyen voces y risotadas en la calle. Un estruendo de motocicletas que juegan arrancones nocturnos. Finalmente, se alejan. Silencio.

LUISA: *(Desde la cama)*. Leopoldo, ¿no tienes sueño?
LEOPOLDO: Y cómo quieres, con ese escándalo.
LUISA: *(Se sienta en la cama)*. En la mañana no me sentía tan mal. Era una sensación distinta. ¿Sería por la anestesia? Cuando crucé el jardín, me pareció que lo miraba por primera vez. Hasta la fuente volvió a funcionar. *(Pausa)*. Me sentí como niño... *(Se dirige al baño)*. Y me quedé ahí, como mensa. Mirando los patos y uno que parecía cisne...

LEOPOLDO va a salir de la habitación. MARI lo ataja.

MARI: Espérate.
LEOPOLDO: Déjame pasar.
MARI: Habla con tu padre.
LEOPOLDO: No seas necia.
MARI: Quiero que hables con él.
LEOPOLDO: Pero yo no.
LUISA: *(Antes de cerrar la puerta del baño)*. Ya duérmete, Leo. A las seis hay que estar en la terminal de autobuses...

Un silencio.

-

LEOPOLDO: Ya te lo había dicho, ¿no? *(Pausa)*. Me voy con Luisa, a Uruapan o por ahí.
MARI: Habla primero con tu padre.
LEOPOLDO: Sabes con qué va a salir... *(Finge la voz)*. “Conmigo sólo tienes dos obligaciones: ser feliz y sacar buenas calificaciones...”
MARI: Es que ya ni en la Universidad te paras.
LUISA: Ah, mi deliciosa familia...
MARI: *(Exasperada)*. Pues, ya no sé cómo hablarte.
LEOPOLDO: Mejor. Si no tienes nada inteligente que decir, mejor.
MARI: Hasta mi voz te irrita, ¿verdad? Te ofendo... sin darme cuenta. *(Silencio)*. Está bien. Ya no eres un niño... En un tiempo fuiste mi compañero, un aliado silencioso.
LEOPOLDO: No, por favor.
MARI: Me dabas tu mano por debajo de la mesa, cuando notabas que tu papá me ofendía. Mientras tus hermanos se tiraban bolitas de migajón. ¿Te acuerdas? Tú me acercabas la sal, me servías más limonada. Lo que fuera, con tal de que no me sintiera tan sola, tan desprotegida frente a papá.
LEOPOLDO: Oye, a estas alturas. No sé por qué te pones así.
MARI: No te vayas sin hablar con él.
LEOPOLDO: ¿Para qué? ¿Para darle el gusto de ganar otra vez?
MARI: Sí, tiene sus ideas. Pero si se exalta a veces...
LEOPOLDO: Casi siempre.
MARI: Es porque en el fondo le preocupas también.
LEOPOLDO: Eso sí. En la familia nos queremos tanto, que un día nos vamos a suicidar juntos, en bola, de puro amor... No, no. Dile tú que ya, que me voy con Luisa. Nos vamos a Uruapan, a ver qué hacemos allá.
MARI: Pero, ¿pero por qué así, tan de repente? *(MARI lo abraza, con ansiedad. Él se desprende, con dificultad, y ella queda sola, al centro de la escena)*. Antes... era más difícil. No se podía hablar al respecto. Eran cosas íntimas, no se decían en voz alta... Abortar... Por pudor, creo yo. Era como sacar a relucir una debilidad, una flaqueza... Pero ahora es muy distinto. *(Pausa)*. Ella es la única responsable. *(Él la conduce hacia el clóset)*. Que no se quiera aprovechar de tu... generosidad. *(Pausa)*. El aborto es cosa suya, nada más. *(Pausa)*. Debes hablar con tu padre.
LEOPOLDO: Ya te dije... Me voy con ella, a ver qué hacemos...
MARI: Busca a tu padre. Habla con él.

Se oyen martillazos en la pared de al lado. Los golpes insisten. LEOPOLDO empuja a MARI dentro del clóset y trata de cerrar la puerta.

LEOPOLDO: Vete de mi cuarto. Salte de una vez. Fuera...
MARI: Sé razonable, hijo. Piensa en ti mismo. Mira lo que más te conviene.

MARI desaparece dentro del clóset. Los martillazos continúan, hasta que LEOPOLDO golpea la pared con un zapato.

LEOPOLDO: Ya. Ya... Dejen de estar fregando...

Por la ventana se oye una pelea de perros callejeros. LEOPOLDO se asoma, los aullidos se alejan. LUISA sale del baño. Se ve cada vez más pálida.

LUISA: ¿A quién le gritabas?

LEOPOLDO: A los perros ha de ser.

LUISA: *(Se apoya en la pared).* Estoy muy mareada, Leo...

LEOPOLDO: Del sueño que traes.

LUISA: En serio, necesito un médico.

LEOPOLDO: Si hubieras traído cigarrillos, con un buen toque te alivianabas.

LUISA: Como que no te importa, ¿verdad?

LEOPOLDO: Luisa, la cacariza.

LUISA: Yo siento que me muero, y a ti te da igual. *(Silencio).* No entiendo cómo lo haces, pero te desconectas. Vamos a hablar en serio, y te apartas.

LEOPOLDO: Exageras.

LUISA: Te vas a no sé dónde, ni con quién.

LEOPOLDO. *(Busca en el morral).* ¿Dónde pusiste el librito que me regalaron? El Tao-te-king, ¿dónde lo metiste? Quiero leerte una cosa... *(Busca el libro, sin éxito).*

LUISA: Cuando estábamos en la terminal, ¿con quién hablaste por teléfono?

LEOPOLDO: ¿A qué horas?

LUISA: ¿Con quién hablaste?

LEOPOLDO: ¿Yo? Con nadie.

LUISA: Con tu mamá, ¿no sería?

LEOPOLDO: No, ¿por qué?

LUISA: ¿Qué te dijo?

LEOPOLDO: ¿De qué?

LUISA: Contéstame, Leopoldo.

LEOPOLDO: Nada. No me dijo nada. ¿Pues, qué tienes?

LUISA: Tú le avisaste que no salimos esta noche... Que sólo había boletas hasta mañana por la mañana. *(Pausa).*

LEOPOLDO encuentra el pequeño libro en medio del desorden.

LEOPOLDO: Óyeme tantito. Quiero leerte...

LUISA: Le dijiste que íbamos a pasar la noche en este lugar horrendo. ¿Qué más le contaste?

LEOPOLDO: ¿Eh...? No, nada más.

LUISA: *(Lo sacude, histérica).* ¿Qué más le dijiste...?
LEOPOLDO: Qué te importa.
LUISA: *(Colérica).* No le habrás dicho lo del doctor. No le habrás dicho nada.
LEOPOLDO: ¿Y por qué te pones así?
LUISA: No quiero que hables con ella de mí, ¿entiendes? Nunca. Nunca. ¿Te queda claro, Leopoldo? *(Un silencio prolongado. En LUISA hay una transición dolorosa).* Leopoldo... Tengo miedo de morirme... *(Con voz ausente, repite).* Leopoldo, tengo miedo de morirme. Miedo de morirme.
LEOPOLDO: Uta. Ahora sí que... Nada más en eso piensas.
LUISA: *(Contenida).* Es que me duele. Me duele más. ¿Que quieres que haga?

Un silencio. LEOPOLDO la mira, presa del dolor intenso que la quiebra.

LEOPOLDO: Que te mueras de una vez...

LEOPOLDO se aleja. LUISA se cierra sobre sí misma. Tocan la puerta del pasillo. LEOPOLDO abre violentamente. Aparece el encargado.

LEOPOLDO: ¿Y ahora? ¿Van a cambiar las sábanas otra vez, o qué?
ENCARGADO: Vengo a ver qué se le ofrecía.
LEOPOLDO: A mí, nada. ¿Por qué?
ENCARGADO: Pues, a qué se debe tanto alboroto.
LEOPOLDO: Es lo que quisiera saber yo.
ENCARGADO: No me diga. *(Entra, molesto).* Pues, ¿dónde cree que está usted, en su casa o qué?
LEOPOLDO: Oiga, un momento. Usted no puede...
ENCARGADO: *(Lo arrincona).* ¿No puedo qué...? *(Un silencio tenso. Luego, el encargado afloja).* No me lo tome a mal, pero no queremos problemas. Y ya se fueron a quejar otros huéspedes. Los demás quieren descansar, ¿se ha puesto a pensar en eso? *(Inspecciona el lugar, con gesto severo).* Para qué golpea las paredes. Al otro lado hay una familia completa que no puede dormir por el ruiderón que se traen por acá. *(Echa una mirada al baño y regresa).* Y le voy a rogar que no se asome a la ventana sin andar vestido. Hay reglas, joven. Y hay policías por todas partes. No quiero líos. Sólo quiero descansar también. ¿No se le hace justo?

De pronto el ENCARGADO está frente al clóset.

ENCARGADO: ¿Y esa puerta?
LEOPOLDO: ¿Qué tiene?
ENCARGADO: ¿Quién abrió ahí?
LEOPOLDO: Este, vino Gloria.

ENCARGADO: ¿No le digo? No puede uno descuidarse ni media hora, porque luego, luego, ya ve. Esta niña anda con las llaves para arriba y para abajo. *(LEOPOLDO, por cerrar la puerta, se mete al clóset y se queda adentro. El ENCARGADO habla en voz más alta, para ser escuchado por el otro).* Tenemos este clóset clausurado. Sí, por los inquilinos de la última vez. ¿Cuándo fue? Ni me acuerdo bien. Pero, el señor y la señora salieron dizque a buscar trabajo, un dinero, quién sabe. Y dejaron a su niña como de ocho años. *(Pausa).* Pero nunca volvieron. *(Transición).* Ratas aquí nunca ha habido, pero... Pues parece que la chiquilla se encerró en el clóset, quién sabe cómo. Sabe cuánto susto tendría, ¿verdad? *(Pausa).* Fue como a la semana que la encontraron. Dijeron que una rata le comió los dedos y lo demás... Pero, si aquí fumigan cada lunes. Yo no sé. A mí nunca me ha tocado ver una rata, joven. *(Silencio).* ¿Joven? ¿Está usted bien...?

Un silencio prolongado. LEOPOLDO, que pareció quedarse encerrado, sale del clóset muy agitado.

LEOPOLDO: Ya basta, basta de cuentos, mentiras y pendejadas. Este... Dígame a qué vino; ahora qué quiere.

ENCARGADO: Pues, ya le dije.

LEOPOLDO: ¿Van a inyectarme otra vez?

ENCARGADO: Oiga... ¿cómo dice?

LEOPOLDO: Déjeme decirle. No me quiera ver la cara, porque sepa que me doy cuenta de todo. De todo. Usted se puso de acuerdo con mi padre. ¿En qué quedaron? ¿Que me va a cambiar de acá? *(Se golpea la cabeza).* ¿Que me va a curar sin maltratarme mucho...? Pues, órale. Hágame lo que quiera. Papá no es muy sensible al dolor ajeno, así que estará de acuerdo, no importa cuál sea el tratamiento. *(Le ofrece el brazo).* Dése gusto... Comience... Inyécteme, ya. ¿Qué espera? *(El ENCARGADO lo observa, desconcertado).* Al cabo que, ya quedamos, no es nada físico. No es cosa de medicamentos. Sólo estoy fingiendo. *(Pausa).* ¿O lo que quiere es platicar? ¿De qué hablamos? Ah, sí. De Luisa, claro. Luisa la cacariza. El incidente, el horror... *(Transición).* ¿Cuál incidente? Fue un momento de locura transitoria, ¿no quedamos? Eso le dijo mi padre. Es la versión oficial de los hechos. *(Quiere cerrar la ventana).* ¿Por qué no cierra esto? *(Hacia el ENCARGADO).* Así que soy yo, ¿no? Yo hago ruido y molesto, ¿eh?, perturbo. ¿Y todo el desmadre de allá afuera? *(Pausa).* Váyase. Déjeme tranquilo. *(LEOPOLDO busca a LUISA. La localiza en un rincón, donde se ha quedado con la cabeza oculta entre sus rodillas).* Luisa. No te vayas a dormir.

ENCARGADO: Oiga, pero qué quiso decir con eso de...

LEOPOLDO: *(Sarcástico).* ¿Le digo qué? Quiero cerveza y tortas de la calle. Cigarros.

ENCARGADO: *(Confuso).* Este... Ya me dijo Gloria, pero...

LEOPOLDO: ¿Gloria...? Mire, mejor váyase de una vez. No ve que me está llevando la fregada. *(Junto a LUISA, la abraza con ternura)*. Mi gaviota herida. ¿Me estabas esperando? *(Le besa la frente, las mejillas...)* ¿Quieres contarme qué te salió en el I-Ching...? *(Ella se queja, apenas)*. El I-Ching, mi amor. ¿Qué decía de nuestro viaje?

LUISA: *(Quedo)*. Del futuro... Del bebé.

LEOPOLDO: *(Al ENCARGADO)*. Y usted, ¿qué espera que no se va? *(LUISA se queja con un grito agudo)*. Y tú, mugre Luisa. Te prohíbo que te enfermes. Te prohíbo que te mueras. *(Pausa)*. ¿De qué te ríes, de mí?

LUISA: *(Habla con esfuerzo)*. De cuando te di la noticia. De cómo te echaste encima el café caliente.

LEOPOLDO: Pues sí. Me cae que no me lo esperaba.

LUISA: Pero un bebé en estos momentos... Un bodoque sería un estorbo, una estupidez. Eso me dijo tu papá.

LEOPOLDO: ¿Mi papá? No friegues, Luisa. ¿Cuándo lo viste? ¿Dónde hablaste con él?

LUISA: En el jardín, el otro día.

LEOPOLDO: ¿Así que han hablado a mis espaldas?

LUISA: Si naciera, me dijo... Se iría derecho a la casa cuna.

Silencio. En un arranque, LEOPOLDO trata de saltar por la ventana. El ENCARGADO se lo impide por la fuerza.

LEOPOLDO: *(Se rinde, finalmente)*. Los reglamentos, claro. Los reglamentos. *(Transición)*. ¿Quién eres realmente? ¿Te sientes el papá, el papá de todos? *(Pausa)*. No vayas a salirme con lo mismo *(finge la voz)*: “Conmigo sólo tienes dos obligaciones: ser feliz y sacar buenas calificaciones...” *(Pausa)*. Pero, no me pidas demasiado, papá. Porque no puedo darte más de una cosa a la vez. O ninguna, a lo mejor. *(Pausa)*. Mamá te conoce como nadie. Aunque se haga la demente, siempre ha sabido la naturaleza de tus verdaderos negocios. Pero siempre te encuentran una disculpa. *(Transición)*. Papá, no puedo hablar contigo. *(Toma al ENCARGADO por la ropa, lo sacude)*. Papá, tú también cuando eras chico sentiste miedo, muchas veces. Lo sé, te oí decirlo en medio de la borrachera de algún cumpleaños. Cuando sentías que te vaciabas del puro miedo... *(El ENCARGADO se desprende y lo arroja contra el piso)*. No me dolió. Al cabo que no me dolió. *(Intenta incorporarse, pero se derrumba de nuevo)*. Sí, papá. Sí te tengo miedo, papá. Y con eso te basta, lo sé. Te temo, como todos te temen. ¿Qué más quieres? Te lo has ganado, me cae. *(Cómplice)*. En tu grupo, de los viejos, eres el más efectivo, me han dicho. El que sabe aplicar los mejores golpes, en el órgano preciso, sin dejar huellas, sin mancharte las manos siquiera. *(LEOPOLDO se encoge sobre sí mismo. Aúlla como un perro herido. Huye a gatas por el cuarto. Se refugia finalmente junto a LUISA, en un rincón)*. Luisa, ¿ye quedaste mirando las cacas de mosca? ¿Las manchas de sangre en la pared? *(Pausa)*. ¿Qué dirá el Tao, mi gaviota? Que estarse quieto es lo mejor. Callado y quieto. Sin salir del cuarto para nada. La línea del menor esfuerzo. Eso diría yo, el Tao no sé. *(Al ENCARGADO)*. ¿No dijo que no había ratas...? Estas cacas en el suelo son de rata, a poco no.

ENCARGADO: *(Cerca de la puerta del pasillo)*. Miren, mejor... se calman o se van.

LEOPOLDO: Nos vamos.

ENCARGADO: Así me gusta.

LEOPOLDO. Pero al ratito.

ENCARGADO: De una vez.

LEOPOLDO: Tenemos boletos para el autobús de las seis treinta. Ya qué falta.

ENCARGADO: Aliviánese, joven. No traiga tanta prisa.

EL ENCARGADO se detiene en la puerta del pasillo. Observa a LEOPOLDO.

LEOPOLDO: ¿Y ahora, qué...?

ENCARGADO: Allá abajo está una mujer... Lo está esperando.

LEOPOLDO: *(Agitado, otra vez)*. No quiero verla. ¿Quién le dijo que viniera? No quiero verla. ¿Es hora de visitas? Claro que no... Váyase. Déjeme descansar un rato.

EL ENCARGADO sale y cierra la puerta. LUISA en el rincón, envuelta en una cobija, abre los ojos.

LUISA: Vámonos, Leo...

LEOPOLDO: Sí, mi gaviota.

LUISA: Recoge todo y vámonos.

LEOPOLDO: Al ratito, claro que sí.

LUISA: Ya, sácame de aquí.

LEOPOLDO: Pronto será de día. Nos subimos al autobús y a dormir todo el camino. *(Pausa)*. Cuando despiertes... "tierra de flores, de bellos paisajes..." Ya verás, mugre Luisa. Con el negocio de los aguacates, en pocos años nos hacemos ricos.

LUISA tiritita de fiebre. LEOPOLDO junto a ella, se contagia su temblor. Se encoge en su regazo, tenso, mientras ella parece no advertirlo.

Horas más tarde.

En un rincón del cuarto, el sueño ha vencido a LUISA y a LEOPOLDO. La marquesina de neón parpadea con los insectos que se queman en los tubos de gas. Se escucha una música lejana, bailable, de moda. Entre las puertas del clóset aparece una figura juvenil. Es MARI, pero su personalidad es muy diferente esta vez. LEOPOLDO la descubre y se levanta.

LEOPOLDO: *(La reconoce)*. Eres tú, mugre Mari. Eres tú.

MARI: Ya ves.

LEOPOLDO: ¿Cómo entraste?

MARI: Por donde siempre.

LEOPOLDO: Ahora qué quieres.
MARI: ¿Y ese recibimiento?
LEOPOLDO: ¿Te vio mamá? ¿Cómo te dejó entrar?
MARI: Si no le pedí permiso.
LEOPOLDO: ¿Y... papá?
MARI: Ni me lo menciones.
LEOPOLDO: A todas horas habla de ti. No sabes cómo anda, cómo te quiere el viejo.
MARI: Pues que no me lo encuentre, porque...
LEOPOLDO: Oye, mejor te sales de mi cuarto.
MARI: *(Sonríe)*. Eres el mismo, Leoncito. Me cae.
LEOPOLDO: *(Con énfasis)*. Que te largues, mugre Mari.
MARI: *(Jugando)*. ¿O qué, o si no qué? *(Lo empuja)*. Hasta pareces la mera verdad.
(Con firmeza). Vengo por esa cuestión que me debes.
LEOPOLDO: Mugre Mari, nomás vienes a ver qué sacas.
MARI: Vengo por mi pistola, León... Y me la vas a dar.
LEOPOLDO: Yo no tengo nada.
MARI: No te has el loco. En aquella pachanga en la azotea me sacaste la pistola de la bolsa, cómo no...
LEOPOLDO: ¿Estás segura? ¿Quién te contó?
MARI: Andaba muy dañada, pero clarito te miré cuando te la guardaste. Me dijiste en la oreja: “Tranquila, mugre Mari; yo te la guardo...” *(Lo empuja)*. A ver, ¿dónde la tienes metida, Leoncito? En el clóset no hay nada.
LEOPOLDO: La pistola es de papá.
MARI: ¿Quién te pregunta? Tú dámela.
LEOPOLDO: Mamá la tiene. Ella la guardó.
MARI: Ya ves qué arrastrado... ¿Y dónde la puso? ¿En el cajón del comedor?
LEOPOLDO: Yo qué sé.
MARI: Cómo que no sabes.
LEOPOLDO: Que no sé.
MARI: *(Lo lleva a la ventana)*. Mira, manito: ¿ves allá, cerca de la escuela? Aquel carro azul. Me andan siguiendo...
LEOPOLDO: ¿Y ahora por qué?
MARI: El viejo me los ha de haber echado encima.
LEOPOLDO:L Si papá no sabe ni dónde andas.
MARI: Eso crees tú. *(Pausa)*. Los infelices me cayeron cuando yo no estaba. Entraron a empujones y me voltearon el depo al revés. Que andaban verificando una información, ya sabrás. Se llevaron la tele y mi maquinita. Hasta con la cafetera cargaron los muy... *(Pausa)*. Mi pareja se enfermó del susto. No supo ni qué.
LEOPOLDO: Habrá sido por el lío del edificio. Hasta hubo tiros, ¿qué no?

MARI: De eso ni quién se acuerde, Leoncito. Te digo, en esto anda la mano negra de papá. Maldito viejo. ¿Qué gana con presionarme tan tupido? Si cree que voy a regresar a la casa, así menos.

LEOPOLDO: Desde que te fuiste, el viejo anda muy deprimido.

MARI: Necesito una lana, manis. Un buen fajo... y la pistola.

LEOPOLDO: Mejor dile a papá.

MARI: Ni más.

LEOPOLDO: Friégate, pues.

MARI: Lo que más me apura es mi pareja.

LEOPOLDO: Pues, date un tiro.

MARI: Qué original.

LEOPOLDO: O mejor, tírate a los rieles del metro. Es bien rápido y ni te da tiempo para pensar en tu pareja.

MARI: Un día voy a animarme, no te creas. *(Pausa)*. Podemos hacer otra cosa. Te das una arregladita y te llevo con alguien que conozco. Le vas a caer a toda...

LEOPOLDO: No, conmigo ni cuentas.

MARI: No me decepciones, Leoncito. *(Lo abraza)*. Ándale, ve por ese revólver, ponte guapo y vámonos. *(Pausa)*. A ver, ¿quién te enseñó a bailar, mi León? ¿No fui yo?

LEOPOLDO: Me largo con Luisa... A Uruapan o más lejos. *(Pausa)*. Aquí todo está podrido, ¿no sientes el olor?

MARI: A ver cuánto ganas. A ver cuánto tardas en regresarte. A la mierda, al nervio, al frenesí... Aquí. En medio del batidero de sangre sucia, intoxicada, maloliente y lo que quieras. Pero que nos corre por el cuerpo, sin que puedas evitarlo.

MARI quiere abrazarlo. Él la rechaza.

LEOPOLDO: Toma. Ten estos billetes y lárgate... Órale. *(La empuja al clóset)*.

MARI: Piénsalo mejor, hermanito. Vamos donde tú sabes... el señor que te digo tiene de todano. Tú nomás pides tu agasajo favorito y... servicio completo. *(Pausa)*. A cambio de un poquito de tu amor... Total, si es jabón que no se gasta.

LEOPOLDO: Que te vayas, Mari. Vete de mi cuarto.

MARI: Cuidado, manito. No te desquites conmigo. El que nos tiene así es papá, no te hagas. ¿Ya no piensas denunciarlo? *(Se ríe)*. ¿Te acuerdas?, antes hacíamos planes... Una llamada, una nota, una foto. Lo que fuera, que pusiera a los de arriba sobre aviso. Pero nunca nos atrevimos, ¿por qué?

LEOPOLDO logra lanzarla dentro del clóset. Y con su propio cuerpo impide que se abra de nuevo. Al otro lado de la pared se oyen gritos de un joven: "No. Suéltame. Me la van a quebrar. Ay, ay. Por favor. Me van a quebrar la..." "Un grito terrible, prolongado. Luego, silencio. LEOPOLDO llega hasta donde LUISA.

LEOPOLDO: ¿Qué pasó? ¿Desde qué horas estás aquí?
LUISA: Leo... tengo frío.
LEOPOLDO: Pero, ¿qué haces en este lugar tan apartado?
LUISA: Te esperaba... En eso quedamos.
LEOPOLDO: *(La abraza)*. ¿Estabas llorando?
LUISA: No... No me hagas caso. Ando muy tonta, no sé ni qué.
LEOPOLDO: *(La besa con ternura)*. Luisa... la cacariza.
LUISA: *(Sonríe, apenas)*. Si me vieras en la calle. Cuando voy por la banqueta, me clavo en la cara de los que cruzan, y trato de imaginar cómo serían de bebés. Con qué gesto nacieron... *(Pausa)*. Y pienso en mi propio bebé... ¿Oíste que dije “propio”?
LEOPOLDO: *(Tierno)*. Tu cara, Luisa, se ve más delgada.
LUISA: Ahora tengo que pensar de otra manera.
LEOPOLDO: Por eso llorabas.
LUISA: Quisiera poder escribir, apuntar lo que se me ocurre; lo que pensé del bebé antes de... Porque, ni modo que registre mis emociones. Todavía no es nada... *(Los sollozos casi no la dejan hablar)*. Apenas una yemita... de huevo de paloma. Así... Una idea... Una nada. Eso era. *(Un silencio)*. Estuve con tu papá, Leo.
LEOPOLDO: *(Salta)*. ¿De qué hablas...?
LUISA: Me dijo cosas. *(Pausa)*. Cosas muy razonables. *(Pausa)*. Y luego... fui a buscar a ese Doc...
LEOPOLDO: ¿Y qué? ¿Qué le dijiste?
LUISA: Nomás... Llegué y le dije al Doc: es mi decisión y ahí muere. No, mi pareja no me ha presionado. Ni siquiera le avisé, para evitar broncas. *(Pausa)*. Más o menos así le dije.
LEOPOLDO: Pero... si quedamos en otra cosa.
LUISA: Mientras el Doc nomás resoplaba, yo me mantuve entera todo el tiempo. No perdí la figura, ni al final. Ya sabrás, él en su rollo sobre la misión cósmica de la mujer y todo... Muy metafísico el Doc...
LEOPOLDO: ¿Por qué no me hablaste? ¿Por qué no me llevaste contigo?
LUISA: Al pagarle, ni levantó la vista.
LEOPOLDO: *(La sacude)*. Te estoy hablando, mugre.
LUISA: Pero yo le dije al salir, fuerte, para que me oyera.
LEOPOLDO: Mugre Luisa.
LUISA: “De todos modos, hubiera ido a parar a una casa cuna...”
LEOPOLDO: *(Colérico)*. ¿Así que tú sola? Tomaste la decisión y ya.
LUISA: Déjame decirte... A veces pienso que lo mejor de la vida está pasando al otro lado de la pared... y me lo estoy perdiendo.
LEOPOLDO: ¿Cómo pudiste...? ¿Cómo pudiste hacerme eso?

LUISA lo mira detenidamente.

LUISA: Tú qué vas a entender. Si eres un perfecto imbécil.

LEOPOLDO le da una bofetada. Al otro lado de la habitación estalla la carcajada de MARI. LEOPOLDO y LUISA se repliegan hacia los extremos opuestos..

LUISA: Cuando el I-Ching, acuérdate. Los dos acordamos...

LEOPOLDO: No me acuerdo. Ni estoy de acuerdo, ni nada.

LUISA: ¿Ves lo que te digo? Ni cuenta te das de lo que haces...

LEOPOLDO: ¿Ah, sí? ¿A poco te estoy destruyendo? Vaya, no me lo digas. Una mujer tan fuerte como tú. Tan madura, tan entera... ¿Te parezco un desquiciado? ¿Piensas que no soy más que un pobre irresponsable? Pues mira, niña... *(LEOPOLDO revuelve todo en la habitación)*. ¿Dónde están? ¿Dónde metiste esos boletos del autobús? *(Los encuentra)*. Éstos son. Muy bien. A la goma con los malditos boletos. ¿No es eso lo que quieres? ¿No me lo has tratado de decir toda la noche? Pues, te doy el gusto, cómo que no... *(LEOPOLDO rompe los boletos en pequeños trozos y los lanza por el aire)*. Ya está. Eso es. A la basura con todos los planes. A volar, gaviota... Al demonio con todo.

Un silencio prolongado. LUISA recoge lentamente los pedazos de papel. LEOPOLDO se dirige a la puerta de salida, cuando MARI le sale al paso y se le cuelga del cuello.

MARI: Así, manito. Así. Vamos a seguir danzando... *(Ambos bailan lentamente)*. Que la respiración de los dos marque el ritmo. No, no pienes en nada, Leoncito. Nada más sígueme, así. Brazo con cuello. Muslo con muslo.

LEOPOLDO: *(Recordando)*. De chicos inventamos un lugar verde, verde, donde flotaba tu figura. Me acuerdo cuando eras niña. De trenzas, de lentes, medio gordita... *(Bailan, muy juntos)*. Huele esta camiseta, huele... ¿Qué te recuerda?

MARI: *(Sensual)*. Huele a ti, a la loción que te regalé... Como crees que se me olvida. Y el olor de tu cuero cabelludo, el olor de tus pies... Mi león, mi leonito... Cuando cambió el olor de tus axilas, yo fui la primera en darse cuenta. Lo noté antes que tú mismo.

LEOPOLDO: Sí... Me enseñabas tu ombligo y me decías: por ahí verás brotar un árbol enorme y frondoso... Para subir y colgarse del cielo.

MARI: Y aquella pomada, cuando se te inflamó el ganglio de la pierna, ¿recuerdas?

LEOPOLDO: Me acuerdo, mugre Mari.

Enlazados, se tocan, se huelen.

MARI: Era una pomada color violeta que olía a rayos. Me gustaba untártela, aquí en la ingle. Donde te empezaban a crecer los vellos. *(Se detienen)*. Fui testigo de tus primeros espasmos, cuando ponías esa misma cara de asombro.

LEOPOLDO: Me sentía arrebatado por tu piel y tus dedos; por la energía de tu sangre, sacudido por la fuerza enorme de tu boca.

LEOPOLDO y MARI se besan.

MARI: Sólo por chingártelos, Leoncito... Manda ese colegio al carajo. Llénales de mota el jardín, y jódelos... Sólo por joder.

Ambos caen sobre la cama, exhaustos. Luego de un silencio, LEOPOLDO repara en la presencia de LUISA, quien ha reunido los boletos del suelo.

LEOPOLDO: ¿Qué pasó...?

LUISA: *(Quedo)*. Nada.

LEOPOLDO: ¿Ahí andas todavía? ¿Pues qué esperas? *(Silencio)*. Ándale, baja a la recepción y llama por teléfono. *(Silencio)*. Pide un carro de sitio. Lo que necesites. Que te lleven de regreso a la calle que conoces bien. *(Pausa)*. A la reja que te es tan familiar. *(Silencio)*. Al jardín de tu tierna infancia...

LUISA: Tenías que sacar eso.

LEOPOLDO: *(Brinca de la cama)*. ¿Y por qué no? Si en la terminal de autobuses tú hiciste lo mismo. ¿No sacaste a relucir que el dinero era tuyo? Tus ahorros, bah...

LUISA: Mejor cállate.

LEOPOLDO: ¿Por qué no me trago el cuento?

LUISA: Eres de lo peor.

LEOPOLDO: El dinero que traes para el viaje, las medicinas y todo viene de donde mismo. Es la lana que le bajaste a tu licenciado.

LUISA: *(Con odio)*. Pues ese licenciado no es peor que tú.

LEOPOLDO: *(Sarcástico)*. No, ya me imagino la despedida con pantaletas verdes. La más tierna de la historia...

LUISA: Él me lo advirtió...

LEOPOLDO: Le hubieras hecho caso.

LUISA: Me dijo: cómo renuncias a tu trabajo, a todos tus proyectos. Ese desquiciado te a destruir. *(Casi llora)*. No te embarques con un mocoso...

LEOPOLDO: Eso te dice el I-Ching...

LUISA: *(Con rabia)*. Eso me dicen todos.

LEOPOLDO: Puede que sí. Puede que esté bien loco, sobre todo para ustedes. Para tu mugre delegado de... ¿de dónde? Ese tal licenciado con su porvenir asegurado en el partido. Puede que sí. Puede que no sea muy normal y pues ni modo.

LUISA: No estás bien, no estás bien...

Mecánicamente, LUISA recoge algún objeto personal y lo guarda en la maleta pequeña.

LEOPOLDO: Pues, ya te dije. Córrele con él... Total, es tu alma gemela. *(La observa en silencio)*. Además, si él fue quien te embarazó, pues a ver qué te dice ahora. Llégale así, en medio de la hemorragia.

LUISA continúa recogiendo algunas prendas que va encontrando a su paso.

LUISA: *(Con voz ausente)*. Me imagino que en otra parte, lejos, habrá mujeres diferentes. Mujeres resistentes, como la tierra. Capaces de entregar su vida a un hombre, sin pensar si lo merece o no... Porque su pensamiento está más allá. En su gente. En el futuro de su pueblo.

LEOPOLDO: *(Después de un silencio)*. Mucho por esa reflexión...

LUISA: Desde que te hablé del bebé, desde la primera vez que tú decidiste que no era tuyo... *(Silencio)*. Cómo te dolió saber del delegado...

LEOPOLDO: No, mejor sigamos con los temas profundos.

LUISA: Quieres hacer un juego de todo.

LEOPOLDO: ¿Qué sabes de Mahoma? ¿Tú puedes parar al mundo? O qué te parece este tema: “el aborto es una opción real de la libertad”. Se me había ocurrido un cuento al respecto, pero... se me olvidó de repente.

Un silencio.

LUISA: Yo también, de repente..., veo las cosas como son.

LEOPOLDO: Felicidades..., ¿y cómo son?

Un silencio.

LUISA: Quisiera estar muerta.

LEOPOLDO: Me suena, me suena familiar...

LUISA: Quisiera morirme.

LEOPOLDO: Como todos.

LUISA: No sé por qué estoy aquí.

LEOPOLDO: Yo tampoco. ¿Qué creías?

LUISA: *(Cierra la maleta)*. ¿Cómo no pensé?

LEOPOLDO: Si nunca piensas.

LUISA: Todo esto es... lo contrario de lo que quiero.

LUISA va a la salida. LEOPOLDO la detiene de golpe.

LUISA: *(Agotada)*. Mira, ya no le busques...

LEOPOLDO: *(Sonríe)*. Mira, mira... Muy decidida.

LUISA: Por última vez... suéltame.

LEOPOLDO: Esta maleta. No te la llevas.

LUISA: Idiota. La maleta es mía.

LEOPOLDO: No. En esto no me vas a joder también. Es mía.

LUISA le escupe a la cara. Cuando LEOPOLDO le va a pegar, ella le muerde la mano. Él grita de dolor y descarga un fuerte golpe sobre LUISA, que la lanza hasta el otro lado de la cama. La maleta rueda, se abre y esparce su contenido por la habitación. LUISA intenta recoger sus cosas, pero él le cae encima y la golpea salvajemente. LUISA alcanza la puerta de salida, pero no acierta a abrirla. Entre tanto, MARI ha desaparecido dentro del clóset.

LUISA: *(Corre a la ventana y grita al exterior).* Por favor, ayúdenme. No dejen que me mate. Alguien que venga. Por favor.

LEOPOLDO: *(Frenético).* No grites. Estás muerta. *(Sobre la ropa de LUISA, una mancha roja se extiende más y más).* Mugre Luisa. Te estás vaciando. Tú sola te vas a acabar... *(LUISA alcanza a llegar al baño. LEOPOLDO se precipita sobre la puerta y cierra, dejándola adentro).* Quédate ahí, mugre Luisa. Quédate ahí. Vacíate... Muérete. *(Resbala sobre la puerta, cae al suelo, sollozante. Su llanto se transforma en risa histérica. Sus carcajadas resuenan en todo el hotel. Después, el silencio).*

Poco antes del amanecer.

LEOPOLDO se ha sumido en un letargo, sentado en el piso, recargado en la puerta del baño. De repente se abren las puertas del clóset, y vuelve a aparecer MARI, su personalidad ha cambiado notoriamente. Juega con una camisa de fuerza, viste ropa de hospital. MARI y LEOPOLDO saltan por el lugar. Juegan, riñen, se acarician, se golpean.

LEOPOLDO: Ug. Ug.

MARI: Ah. Ah.

LEOPOLDO: Los tejidos.

MARI: Y los órganos del cuerpo.

LEOPOLDO: Están sostenidos.

MARI: Por un armazón.

LEOPOLDO: Que llamamos.

MARI: Esqueleto.

LEOPOLDO: Esqueleto... Los músculos y los huesos forman...

MARI: *(Transición).* Ora sí, hijo de toda.

LEOPOLDO: Un sistema de muelles y contra pesos...

MARI: *(Salta sobre él, lo inmoviliza).* Ora me las vas a pagar.

LEOPOLDO: *(Sumiso).* Perdón, no lo vuelvo a hacer. Perdón.

MARI: Ora sí, niño infeliz. Mosquita muerta. No tienes para dónde correr, ora sí. Vas a decir la verdad, vas a decirme por qué, o te quiebro el brazo, o te rompo el alma. *(LEOPOLDO grita de dolor).* Tú fuiste. Chismoso, lengua larga, intrigante, metiche. A ver si aprendes a respetar a tus mayores. Deja de chillar, imbécil. Aquí nadie vendrá en tu ayuda. Nadie hará caso de tus gritos.

MARI presiona aún más. Luego lo suelta. Y ambos ruedan entre risas desatadas.

- LEOPOLDO: ¿Dónde andabas? Vengo del jardín y no te vi.
MARI: ¿Sabes rechinar los dientes?
LEOPOLDO: Me pasé toda la tarde tratando de aprender, entre sillas blancas y mesitas con sombrilla.
MARI: Pero siempre hay alguien, vigilando por ahí.
LEOPOLDO: Me muero por fumar. Si supieras... *(Pausa)*.
MARI: *(Finge una voz)*. “El jardín es una delicia. Si te portas bien...”
LEOPOLDO: Yo me puedo ir cuando quiera. Nomás que se me quite este dolor, mira. Tócame aquí. En este hueso, atrás de la oreja. ¿Sientes? Como si tuviera un fierro caliente, que se me encaja hasta el fondo.
MARI: *(Finge otra voz)*. “Entre la delegación o el sanatorio, tienes que escoger...”
LEOPOLDO: En el jardín, ahí te escribí un poema. ¿Te lo leo? Lo apunté en un pedazo de papel, pero. *(Se busca)*. Se me desbarató entre los dedos.
MARI: *(Con otra voz)*. “Siempre hay alguien tras la puerta, vigilante.. Que la temperatura, que los reflejos, que la presión. Y mil agujas se te clavan en los ojos...”
LEOPOLDO: En una camilla de ruedas te vi llegar, decía. Mangueritas del suero te bailaban alrededor, algo así como: Otro que se tira el numerito de regar la sangre a la menor oportunidad... Así acaba el poema.

MARI aplaude. LEOPOLDO agradece.

- MARI: Ahora, rechina los dientes. *(Pausa)*. No sabes rechinar los dientes. Yo sí. *(Pausa)*. Cuando siento que me viene el acceso, apenas tengo tiempo de pensar. Ahora sí, se acabó. Pero no se acaba. Siempre vuelvo a despertar. *(Pausa)*. Adolorida, pero vuelvo a despertar, a rechinar los dientes. Y el coraje se me viene con toda su fuerza, se me estrella en el pecho como un manguerazo de agua fría, como un montonal de pedradas. *(Pausa)*. Pero sólo es un momento, muy chiquito, y vuelvo a mirarme como soy. Mirando día con día el mismo techo asqueroso de siempre, la misma luz con cacas, las manchitas de sangre en la pared... *(Transición)*. Un día, voy a tocar la guitarra.
LEOPOLDO: Qué bueno. Me invitas.
MARI: Ya me verás en medio de estrellitas plateadas. Con una sonrisa así. Y en los ojos un brillo, tú sabes. Como cuando eres feliz por adentro y se te nota.
LEOPOLDO: Te verás bonita.
MARI: Y cantaré eso de: “Hey, señor del tamborín, compra un sueño para mí, y te seguiré por donde quieras...”

Aplausos, risas. En la calle, alguna alarma suena desde un almacén cercano.

- LEOPOLDO: Espérate. *(Pausa)*. Mi cabeza, mi cabeza. *(Pausa)*. Se acabó. Ya no me duele. *(Transición)*. Ándale, pronto. La maleta. Apúrate, hay que volver a guardarlo todo.
- MARI: A poco ya te vas.
- LEOPOLDO: La bata, el cepillo. Ayúdame, sirve de algo.
- MARI: ¿Y por dónde comienzo?
- LEOPOLDO: Échalo todo adentro. Como sea... lo que quepa. Y a ver, busca en el pasillo a Gloria.
- MARI: ¿A quién...?
- LEOPOLDO: Que le diga a mamá que no se vaya. Que me espere, que ya mero bajo.
- MARI: ¿A poco de veras te vas?
- LEOPOLDO: Claro. Pero, no pongas esa cara. Vendré a visitarte. Te traeré tortas de la calle, cigarros... ¿Qué más quieres que te traiga?
- MARI: *(En secreto)*. Explosivos... *(Fuerte)*. Explosivos.
- LEOPOLDO: ¿Para qué? ¿De cuáles?
- MARI: Pólvora, ¿podrás?
- LEOPOLDO: Cuánta pólvora.
- MARI: Poquita... Nomás para hacer explotar un sueño.

MARI suelta una carcajada. LEOPOLDO la reconoce.

- LEOPOLDO: Ah, eras tú, mugre Mari... Eras tú.
- MARI: Nomás. Para que no digas luego.
- LEOPOLDO: ¿Por dónde entraste?
- MARI: Por donde siempre.
- LEOPOLDO: Vas a ver... Mugre Mari.

Entre risas, como chiquillos, llegan hasta el clóset y se meten adentro. Silencio. La habitación permanece vacía unos momentos. De pronto, la ventana se cierra de golpe. LEOPOLDO sale del clóset, va a la ventana. Mientras, la puerta del baño se abre lentamente. Del lavabo surge una nube de vapor. Por el borde escurre el agua color rojo óxido. En el piso, yace el cuerpo de LUISA. LEOPOLDO lo mira, inmóvil. Por la puerta del pasillo entra GLORIA con un altero de toallas. Se dirige al baño, casi tropieza con el cuerpo. Se le cae la ropa. Trata de levantarla, pero todo se mancha y se mancha. Muda de espanto, GLORIA sale al fin de la habitación. Se oye una sirena que sube de volumen hasta alcanzar su mayor intensidad cuando se detiene ahí, bajo la ventana. Llegan el ENCARGADO y GLORIA. Inspeccionan el lugar, sin poner atención en LEOPOLDO. Registran cajones. Se embolsan objetos de valor. Se inclinan sobre el cuerpo de LUISA.

- ENCARGADO: ¿Qué pasó aquí?
- GLORIA: No lo sé, señor.
- ENCARGADO: ¿Cómo que no sé?

GLORIA: Hago lo que puedo, señor.
ENCARGADO: No lo suficiente, Gloria. No lo suficiente.

GLORIA se apresura a arrancar una sábana de la cama; con ella cubren el cuerpo. Se disponen a salir.

LEOPOLDO: Oiga. ¿Usted me va a ayudar, señor?
ENCARGADO: Claro, para eso estamos aquí. *(A GLORIA)*. ¿Tienes los nombres y los otros datos?
GLORIA: No todos. Pero la señora debe saber. Está esperando abajo.
ENCARGADO: ¿Todavía?
GLORIA: Y me va a preguntar. ¿Qué le digo?
ENCARGADO: Que nadie puede entrar aquí antes que lleguen los peritos.
GLORIA: Sí, señor.
ENCARGADO: Cierra con llave.

El ENCARGADO y GLORIA salen. Cierran por fuera. Silencio. La luz se cierra sobre el cuerpo cubierto por la sábana. LEOPOLDO se acerca, descubre el rostro de LUISA. La besa con suavidad. La contempla un rato en silencio.

LEOPOLDO: Mugre Luisa... *(Pausa)*. De aquí no me muevo hasta que despiertes. Aunque me quede todo el día y toda la noche. Aunque la hierba del jardín crezca tanto que nos alcance y nos cubra y nos desaparezca. *(Silencio)*. Voy a esperar a que despiertes, mugre Luisa.

OSCURO FINAL.